

# SUCESOS ROSARINOS

EL RESCATE DEL CARNAVAL





# SUCESOS ROSARINOS

## EL RESCATE DEL CARNAVAL

*Patrimonio de los rosarinos acaso desde los lejanos días de la Ilustre y Fiel Villa, el ritual popular de las carnestolendas se fue construyendo –en esta geografía y en todos lados– encorsetado por diversas premisas establecidas a su alrededor para contenerlo en nombre de la civilización, pero sin dejar de ser nunca una celebración ruidosa, agresiva, pintoresca y colorinche.*

*De orígenes casi silvestres y espontáneos, con escasa posibilidad de control sobre su desarrollo, se fue amoldando al deseo de orden emanado por las autoridades desde su sitio de rigor asignado en los almanaques hasta entrar al siglo XX con circuito establecido y horarios fijados para el festejo.*

*Atravesado por un halo existencial acaso sobrevenido después del frenesí de la celebración sin dique, se hizo recurrente la sensación de su finitud, temiéndose que alguna vez la celebración no volviese.*

*Las épocas de oro del Carnaval rosarino –el de los clubes de barrio; el del Poeta Aragón como Rey Momo vernáculo; el del Parque Independencia y los bailes multitudinarios en la intendencia de Luis Cándido Carballo– siempre fueron precedidas por ese aire de desencanto y la necesidad de salir a recuperar la fiesta popular como un tácito mandato ciudadano.*

*Tras casi un siglo de vigencia, con altibajos (quizás atados al devenir político y social) los Corsos se sostuvieron como pudieron hasta ser prohibidos por la dictadura militar en 1976. Poco a poco, cuando fueron quedando un poco atrás aquellos años oscuros, una caravana imaginaria de carrozas le siguió marchando a los rosarinos en las ganas rumbo al siglo nuevo: entonces la ciudad vio (y ve) los barrios trabajar para esa fiesta prometida cuyo único escenario puede ser la calle. Como otra inspiración del ayer vital para ser futuro, Rosario vive siempre un perpetuo rescate del Carnaval.*

## STAFF

---

### TEXTOS

RAFAEL IELPI

### TEXTOS Y PRODUCCIÓN

JOAQUÍN D. CASTELLANOS

### EDICIÓN Y PRODUCCIÓN

CLAUDIO DEMARCHI

### DISEÑO E ILUSTRACIÓN

FACUNDO VITIELLO

---

Antecede a *Sucesos Rosarinos* —y en cierto modo le da origen— la producción, realizada por este equipo en un lapso de cinco años, de varias publicaciones periódicas para el diario La Capital: *Barrios con Historia*; *Los Primeros Cronistas*; *La Arquitectura en la Historia de Rosario*; *Hombres y Mujeres de Rosario*, *Protagonistas de la Historia*. Muchas de ellas, como también la presente, con la participación, el auspicio, la orientación y el aliento de Rafael Ielpi, una autoridad en la materia y, además, un gran amigo.

**Editor responsable:** Papel y Web SRL, Italia 1642, piso 11º B, Rosario, Santa Fe - comercial@papelyweb.com.ar

---

# ÍNDICE

---

## **MOMO SIEMPRE RENACE**

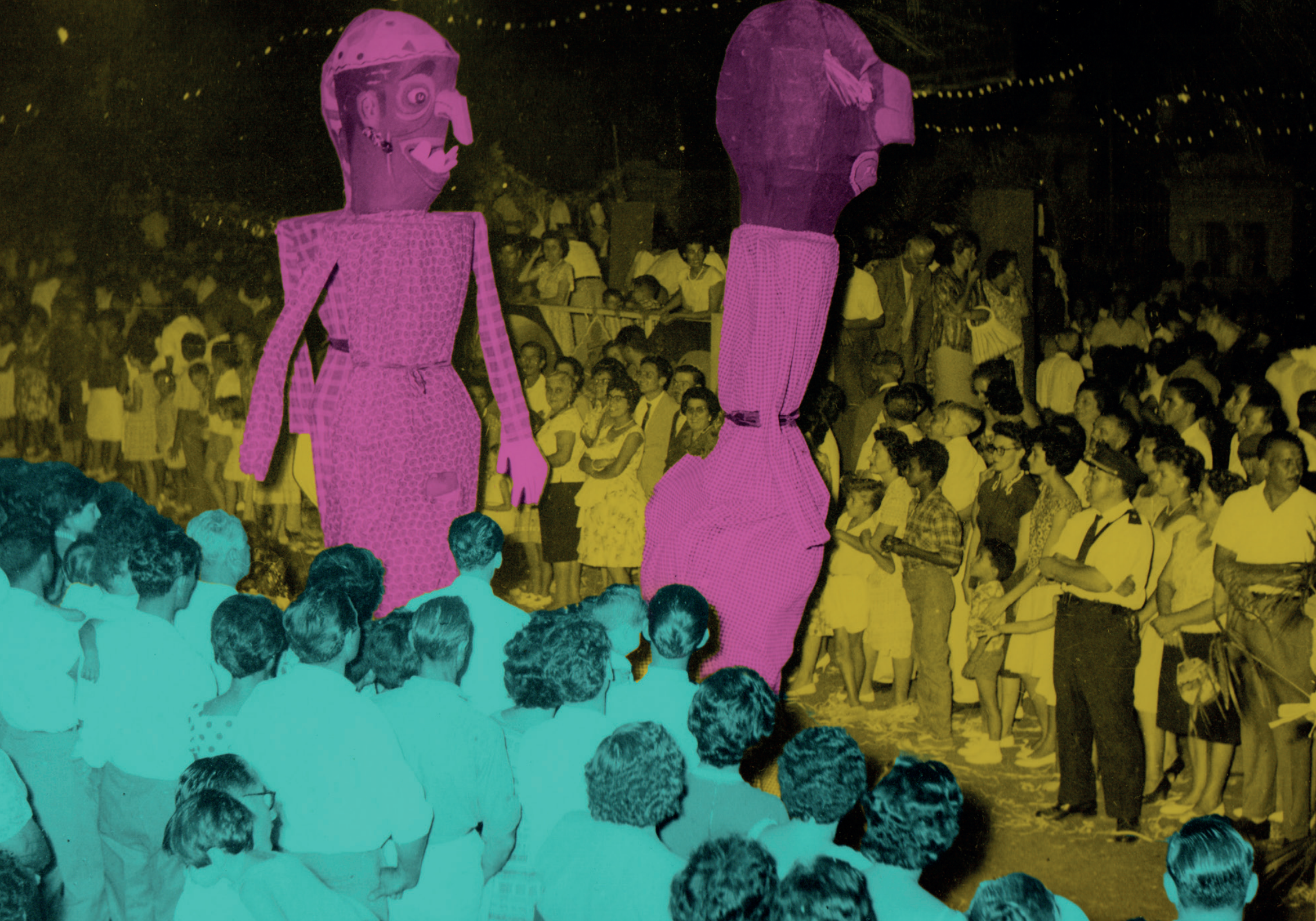
MITO Y MANDATO DE TRADICIÓN / CLÁSICOS ESCENARIOS  
CARNAVALEROS / LOS CORSOS DE ANTES / UNA FIESTA QUE  
RESISTE A TODO / LOS CARNAVALES DE CARBALLO

## **LA LEYENDA DEL REY**

CORONACIÓN DEL POETA ARAGÓN / EL NOBLE HOMBRECITO  
QUE GOBERNÓ LOS CORSOS / EL CARNAVAL SIEMPRE ESTÁ POR  
APAGARSE / EL POPULAR ARTE DE RENACER

## **UN DESFILE INTERMINABLE**

DE LA PROHIBICIÓN PÚBLICA A LA ORGANIZACIÓN ESTATAL /  
1961: ERA DORADA DEL CORSO Y PREHISTORIA DE  
COLECTIVIDADES / EL ÚLTIMO NAUFRAGIO  
Y EL MÁS RECIENTE REGRESO DE LOS CARNAVALES



# MOMO SIEMPRE RENACE

**MITO Y MANDATO DE TRADICIÓN  
/ CLÁSICOS ESCENARIOS  
CARNAVALEROS / LOS CORSOS  
DE ANTES / UNA FIESTA  
QUE RESISTE A TODO /  
LOS CARNAVALES DE CARBALLO**

---

**PÁGINA 6.** Cabezudos entre la multitud, en el Segundo Carnaval Internacional de 1962, durante la intendencia de Daniel Gorni, sucesor Luis Cándido Carballo, el promotor de la municipalización de los corsos.

Archivo Fotográfico Museo de la Ciudad “Wladimir Mikielievich”

**PÁGINA 11.** Un grupo de disfrazados coronan una carroza en el desfile de los corsos del Carnaval Internacional de 1961.

Archivo *Diario La Capital*

**PÁGINA 12.** Un galeón atraviesa el bulevar Oroño con una temeraria tripulación de pequeños piratas rosarinos, en febrero de 1961.

Archivo *Diario La Capital*

La vasta multitud late feliz, sumergida en un mar de serpentinatas y máscaras que la resguardan de la realidad cotidiana; hombres y mujeres de todos los días disfrazados para que la rutina no los reconozca; un mar de sonrisas que destellan entre enormes cabezudos al paso de las carrozas: bailan en esta baldosa festiva del almanaque, aplauden y viven a reinas y princesas consagradas para la ocasión. Es febrero de 1961 en el corazón del parque Independencia, pero puede ser cualquier otro año o época y en el lugar menos pensado, después de un silencio cíclico en el que el Rey Momo suele desdibujarse para renacer con nuevas fuerzas, reclamado siempre por la gente que sin saberlo reedita su eterno rescate.

“El Carnaval es una fiesta tradicional pero siempre es visto como un mundo que pelagra o está en decadencia y que necesita ciertos apuntalamientos; muchas veces se lo asocia con un orden social ya extinto, y justamente esa marca de anacronismo es la que hace que el Carnaval sea materia de promoción institucional y pública” señala el historiador Diego Roldán, investigador del Conicet y director del Centro de Estudios Culturales Urbanos de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR. (1)

El Primer Carnaval Internacional de 1961 fue de los más recordados regresos de los corsos populares: una fiesta de características masivas inéditas en la que los rosarinos invadieron el parque Independencia —se habló de 400.000 asistentes—, impulsada por el intendente Luis Cándido Carballo, muy cercano a las asociaciones vecinales de la época. (2)

**ESCENARIOS CARNAVALEROS.** Al principio del Carnaval de antaño, el día era el tiempo de los corsos mientras que por la noche era la aristocracia la que concurría en coches descubiertos al cruce sutil de nardos, serpentinatas y pomos con agua o esencias aromáticas. A esos juegos selectos les sucedían veladas bailables en el Teatro Colón (Corrientes casi Urquiza), el Politeama (hoy Fundación Astengo, en Mitre entre Santa Fe y Córdoba), el Cine Real (Bulevar Oroño y Salta), el Estadio Norte (en Alberdi y José Ingenieros, en Arroyito).

Desde principios del siglo XX y por varias décadas, los Carnavales en Rosario habían adquirido una consolidación como disciplinada representación de las antiguas y desenfundadas manifestaciones de su tipo, iniciadas en la segunda mitad de la centuria anterior. Con los años se habían vuelto cada vez más habituales los desfiles incesantes de disfrazados y mascaritas, tanto como de niños y niñas ataviados con trajes de pierrot, de dama antigua, de mosquetero o de Caperucita Roja, en muchos casos contra la voluntad de los pequeños, que con gesto adusto y tirándose a la retranca eran llevados de la mano por sus padres rumbo al corso. (3)

Además de las calles destinadas especialmente para el paso de carrozas y disfrazados complementaban la propuesta festiva los no pocos bailes de Carnaval en ámbitos como el Salón Garibaldi, el Centro Progresista, la Sociedad Humberto Primo, la Sociedad Andaluza, el Salón Ariosi o los muchos pertenecientes a distintas colectividades. (3)



**POSTALES DE LOS CORSOS.** Hay una escena que se repite en todos los festejos de Carnaval: las carrozas atravesando la algarabía general. Desde las recargadas hasta las más modestas, todas eran en realidad carros sobre los que se apretujaban algunos gauchos y chinas, o troupes enteras con atuendos de diablo, arlequín o payaso, entre los más elegidos. También tenían su versión más atemperada en personificaciones de los más pequeños: era otra de las imágenes recurrentes, habituales en los Carnavales de la década del 40 al 50, constituida por los concursos de mascaritas infantiles organizados por el diario *La Tribuna*, que movilizaban a un verdadero ejército de disfrazadas y disfrazados, deseosos de ver su imagen reflejada en las páginas del vespertino, manteniendo una costumbre que aún es posible verificar en viejas fotografías de más de un álbum familiar. Aquellos chicos y chicas, cuyas ropas para la ocasión denunciaban la hechura casera y en otros su condición de atuendo adquirido en Gath & Chaves o La Favorita, eran presencia infaltable en los tranvías que viajaban desde los barrios hacia el centro, impecables y maquillados a la ida, y desaliñados y agotados en el regreso a casa... (4)

Las murgas, sucedáneas de las comparsas iniciales de los desfiles, si bien habían perdido mucho de la gracia inocente y contagiosa del pasado, reemplazaban esa insutil carencia por un lenguaje crudo o por chascarillos cantados a pleno pulmón. En los '40, a propósito, comenzaron a incorporarse los tintes futboleros, con personajes que vestían camisetas de Newell's, de Tiro Federal, de Central, de Belgrano (el del barrio homónimo rosarino), de Sparta, entre otros, y desfilaban sumando cánticos. El mismísimo Newell's Old Boys, Gimnasia y Esgrima y Provincial, todos ubicados en el gran parque, comenzaron a ser los grandes escenarios nocturnos que congregaban a los rosarinos, pero también los clubes de barrio organizaban los eventos multitudinarios donde en patios y canchas de básquet vueltas pistas de baile, al son de "la típica", el jazz y las llamadas orquestas "características", resonaban pasodobles, rancheras, valsés, milongas y fox-trots.

Rosario contó entonces con un amplio abanico de espacios, lo que marcó un novedoso fervor carnavalero: ya no fueron las familias más pudientes las únicas organizadoras de la esperada festividad estival; lejos de las avenidas ahora también los corsos empezaban a tener sus focos en las calles suburbanas. El centro irá perdiendo la fuerza de los años anteriores y cederá poco a poco el protagonismo a otros rincones de la ciudad. (5)

**UNA FIESTA QUE RESISTE.** Un aporte novedoso en el recorrido irregular de esa recuperación del Carnaval fue la incorporación de la figura de Rey Momo a los desfiles (según la mitología griega, el dios de la burla y el escarnio) a la que Rosario le haría su propia adaptación en 1944 con la figura del Poeta Aragón, singular Rey del Carnaval famoso por su pequeña



figura, que se convirtió en ícono de los corsos locales.

Hacia la segunda mitad de los años 50, acaso eclipsado por nuevas formas de entretenimiento y propuestas culturales, los festejos de Carnaval se verían palidecer, apagado poco a poco su característico origen colectivo: murgas dispares y con pocos miembros, menos entusiasmo en los disfraces y cierto desinterés generalizado salían a escena. Pero la tradicional celebración encontraría resguardo en las sociedades vecinales y las bibliotecas populares, en certámenes musicales, además de los mencionados bailes y espectáculos en los clubes.

Tal panorama sería la antesala de un épico regreso del Rey Momo: organizado por primera vez por la Municipalidad en 1961 y con el Parque Independencia como escenario, aparecerá el Carnaval Internacional de Rosario. La intervención pública iniciada por el intendente Luis Cándido Carballo fue la extensión a mayor escala de la exitosa fórmula que habían aplicado antes los bailes populares en los clubes. Rosario lideró entonces en recaudaciones hasta por encima de Buenos Aires, cuyo Carnaval más importante era el del Centro Lucense que contaba con la actuación de la orquesta de Juan D'Arienzo y la reconocida Varela-Vareleta. (6)



**LOS CARNAVALES DE CARBALLO.** El Carnaval Internacional de Rosario de 1961 fue además una exitosa experiencia para atraer al turismo regional a la ciudad, con bailes circundantes en las renombradas instituciones deportivas donde los disfrazados se desarmaban al ritmo del tango, del jazz, de la música brasileña y la española o las presentaciones de artistas varios de fama nacional e internacional, testigos privilegiados de la multitudinaria esencia del Carnaval rosarino. A los mencionados Provincial, Gimnasia y Esgrima y Newell's Old Boys —los clubes del Parque—, se sumarían Plaza Jewell, Echesortu, Rosario Central, Central Córdoba y otros más pequeños pero con

igual concurrencia, en los que se abrían pistas de baile con presencia de populares artistas de renombre. Y el Centro de la Tradición El Hornero montaría en el Parque Independencia un local para que se luzcan conjuntos folklóricos, con zambas y malambos, así como el Centre Catalá agregaría al gran menú del Carnaval una típica taberna catalana expendiendo bebidas típicas españolas. (7)

El Carnaval Internacional de Rosario fue, en efecto, el hito precursor de la tradicional Fiesta de las Colectividades que se realiza en la ciudad desde 1984, además de quedar en el imaginario colectivo como la época de oro del regreso de los Carnavales a las calles de la ciudad.

# LA LEYENDA DEL REY

**CORONACIÓN DEL POETA ARAGÓN /  
EL NOBLE HOMBRECITO QUE GOBERNÓ  
LOS CORSOS / EL CARNAVAL SIEMPRE  
ESTÁ POR APAGARSE /  
EL POPULAR ARTE DE RENACER**

---

**PÁGINA 16.** Carroza de jóvenes del Centre Catalán, en 1920.  
*Archivo Diario La Capital*

**PÁGINA 17.** Una pincelada de los corsos en Rosario: en bulevar Orofío y en Alberdi, en 1917, en una crónica fotográfica en la prensa nacional.  
*Revista Fray Mocho, N°120. (02.03.1917)*

**PÁGINA 18.** El Poeta Aragón, Rey Momo rosarino por décadas, arriba de un Ford Falcon descapotable, atravesando el portal de ingreso al corso del parque Independencia.  
*Archivo Fotográfico del Museo de la Ciudad "Wladimir Mikielievich"*

**PÁGINA 19.** Una carroza de flores con compuestas señoritas y cochero. Postal de la primera década del siglo XX, cuyo motivo es el Carnaval.  
*Archivo Fotográfico del Museo de la Ciudad "Wladimir Mikielievich"*

**PÁGINA 20.** Alfonso Alonso Aragón en primer plano, encabezando el corso de frac, galera y bastón, posa con el chofer, alcanzados por la harina y el papel picado de la celebración.  
*Archivo Diario La Capital*

**PÁGINA 21.** Ataviado con ropas de monarca de baraja española, el Poeta Aragón y una dama danzan y se dejan llevar por el embrujo carnavalero.  
*Archivo Fotográfico del Museo de la Ciudad "Wladimir Mikielievich"*

Dicen que un día de febrero de la década de 1940, víctima de una chanza estudiantil, intencionalmente emborrachado por los jóvenes bromistas y ataviado para la ocasión con un mantel a modo de noble capa, fue subido al trono de una carroza del corso para ser proclamado Rey del Carnaval rosarino. Y tanto honraría aquel dudoso título que con su singular estampa reinará esas festivas y populares reuniones por casi 30 años ininterrumpidos.

Se llamaba Alfonso Alonso Aragón y se lo conoció como El Poeta Aragón, acaso otro título sin demasiado rigor de verdad pero que supo llevar también. Su esmirriada figura de manto, corona y cetro sobre alegórica carroza fue captada por innumerables cámaras fotográficas durante muchos años para pasar a formar parte de una modesta mitología urbana que muchos rosarinos se empeñan en resguardar de la destrucción del olvido y que otros califican —acaso con excesivo rigor no exento de cierta soberbia— de anecdótica chauvinista preocupada por inventariar sucesos y rescatar personajes, cuyos posibles méritos individuales son puestos al servicio de una improbable y nostálgica identidad rosarina. (8)

**DEBAJO DEL DISFRAZ.** El Poeta Aragón había nacido en Monzón, Palencia, en enero de 1891 y arribado a Rosario en 1921, luego de trabajar en Buenos Aires —según indica el historiador Wladimir Mikielievich— como capataz de un grupo de hombres-sándwiches desde su llegada a la Argentina en 1910. Alternaría en los ambientes nocturnos con periodistas, escritores y gente de teatro que lo consideraban dislatado poeta, y fueron los que inventaron la fábula de su ficticio reinado, al modo de la gobernación de Barataria que Sancho Panza recibiera de los burlones nobles. Aragón, hombre ingenuo e inocente de las crueldades de que fuera objeto, trabajó casi toda su vida rosarina como mandadero de una serie de comercios establecidos en la zona aledaña a la estación Rosario Norte. Pero algunos días al año se escapaba de ese personaje gris de todos los días para ser el Rey del Carnaval rosarino, monarca permanente de la fiesta popular por excelencia.

Murió en Rosario el 21 de diciembre de 1974 y fue enterrado en un nicho donado por las autoridades municipales en el Cementerio El Salvador. (9)

**UNA CORONA SIN TIEMPO.** Sin embargo, Aragón no había sido el primero en ser ungido con el ficticio título real. Una nota de una de las revistas sociales rosarinas del último tercio del siglo XIX daba cuenta de un ignoto antecesor: “Hablamos todavía del Carnaval. Es el asunto del día. Aún más, no ha pasado del todo, puesto que hoy recién se hace el entierro solemne del Rey de la



alegría o mejor del angelito o cupido Santos Fernández, que tan magníficamente ha representado el rol de Rey del Carnaval..." (10)

En los inicios de la década del '80 del siglo XIX, la publicación periódica *El Álbum* analiza la pobre performance de la festividad en Rosario, en comparación con Carnavales pasados, y se percibe ese dejo de pesimismo fatal de la clausura, esa inminencia de golpe final a los festejos. "A decir verdad, este año el corso se ha jugado regularmente, pero con limitado entusiasmo. El buen humor y alegría que para este juego se manifestaban en años anteriores, han decaído notablemente", asevera. Pero a aquel presunto fracaso le siguieron innumerables celebraciones memorables, también reflejadas en la prensa vernácula a contramano de aquel lapidario informe de pronóstico agorero. (11)

**DE OCASOS Y DE REINVENCIONES.** Los balances negativos y la duda sobre el futuro de las carnestolendas en la ciudad fueron sucediéndose casi como los propios festejos. En febrero de 1923, una nota en el periódico *Semana Gráfica* señala: "El Carnaval lleva miras de desaparecer. Tal se desprende de lo que ha ocurrido



Rosario. Grupos de máscaras



Palco oficial del corso en el boulevard Oroño



El corso en Alberdi



Curso boulevard Oroño



Jugando con agua en el interior de una casa







entre nosotros, donde el poco brillo de otros años ha venido a menos para concretarse en una celebración sin ruido, sin atractivos y sin partidarios. Hasta las autoridades han contribuido para depreciarlo, desfigurando la verdadera significación de esta fecha, que ha servido para esparcimiento y alegría, confundiendo clases, estrechándolas en la festividad con el sincero deseo de divertirse (...); poco a poco, se extingue el entusiasmo y ese poco ánimo, reducido a las breves horas de un curso sin originalidad ni brillo, que distancia definitivamente al pueblo, que lo conceptúa, con razón, un pretexto para especular...” (12)

Aunque el transcurrir de las épocas fue matizando sus formas y las impresiones de esa sensación de estertores finales de los tradicionales festejos, lejos de desaparecer el Carnaval conservó mucho de su esencia y contra todo pronóstico supo permanecer incólume: acaso ya como una idea no tan fiel a la celebración desenfundada y espontánea de sus orígenes, vuelta al menos multitudinaria fiesta vecinal: una adaptación obligada a esa necesidad permanente de recuperación de la fundamental expresión colectiva y múltiple, necesidad de adueñarse por algún tiempo de las calles. Un silente manifiesto ciudadano que empuja como un mandato tácito, dispuesto a incomodar (aunque sea un poco) a los regentes habituales de la sociedad.





# UN DESEILE INTERMINABLE

## DE LA PROHIBICIÓN PÚBLICA A LA ORGANIZACIÓN ESTATAL / 1961: ERA DORADA DEL CORSO Y PREHISTORIA DE COLECTIVIDADES / EL ÚLTIMO NAUFRAGIO Y EL MÁS RECIENTE REGRESO DE LOS CARNAVALES

---

**PÁGINA 24.** Ilustración alusiva al carnaval años antes de la Década Infame.  
*Revista Media Noche*, N°198; Buenos Aires (1930)

**PÁGINA 26.** En febrero de 1961, un caballo tira del carro que avanza con una barra de amigos caracterizados como señoras y morenos para el carnaval.  
Archivo *Diario La Capital*

**PÁGINA 27.** La caja de un camioncito se desborda de banderines y disfrazados en un corso municipal de los años '60.  
Archivo *Diario La Capital*

**PÁGINA 28.** Imágenes del Segundo Carnaval Internacional de Rosario. Arriba, un camión-carroza pasea a un grupo de vecinos. Abajo, cowboys e indiecitas recorren el corso en una plataforma empujada por un cabezudo.  
Archivo *Diario La Capital*

**PÁGINA 29.** Dos fotografías de Joaquín Chiavazza, del diario *La Tribuna*. Arriba, la murga Los Bohemios de Refinería posa en pleno festejo. Abajo, pibes arriba y abajo de una carroza en el mítico primer carnaval organizado por la municipalidad de Rosario en 1961.  
Archivo Fotográfico del Museo de la Ciudad "Wladimir Mikielievich"

“Detrás de los Carnavales suele haber rígidas reglamentaciones para poner límites precisos a fiestas que, históricamente, fueron expresión de la burla y la transgresión popular. Por tal motivo, todavía en los ‘50 y ‘60, las disposiciones provinciales eran muy rígidas al respecto. Se prohibían disfraces y máscaras en la vía pública, tanto como mofarse de instituciones patrióticas, militares y religiosas. Tampoco se autorizaban juegos de agua en lugares públicos, ni aceptar dinero por cantar o actuar en la calle”. La definición categórica es del historiador rosarino Ricardo Falcón, un obstinado investigador que, entre otros aspectos del ayer de la ciudad, puso el foco en el Carnaval local con un interesante estudio. (13)

Con sus bemoles, los antiguos edictos o disposiciones de las fuerzas del orden acerca de “los disfraces” mantuvieron la disciplinada costumbre de tener que pedir permiso policial: por mucho tiempo, más allá de mediados del siglo XX, se otorgaba a los disfrazados una tarjeta con número de orden que debían exhibir durante su participación en los festejos del Carnaval. Las murgas, comparsas y carrozas tampoco dejaban de ser rígidamente controladas.

Pero en 1961, aunque existía todavía una reglamentación similar vigente, se levantaron las prohibiciones dentro del circuito del Corso Municipal, “siempre que no se ofendiera la moral pública ni las instituciones”. (14)

**DETALLES DE LA ERA DORADA.** Un día la estampida de cabezudos, múltiples mascaritas, vistosas personificaciones y trabajadas carrozas irrumpió desde lo más hondo de la historia para recuperar a gran escala el clima de alegría extraviado en el devenir de los días. La intendencia de Luis Cándido Carballo, en aquel inolvidable 1961, levantó en el Parque Independencia una puerta de acceso al Corso con un magnífico Dios Momo de más de quince metros de altura; puso góndolas en el Laguito para emular los Carnavales venecianos, y cerca de La Montañita colocó cantinas agrupadas por “sabores del mundo”, representadas por las distintas colectividades rosarina, con trajes, música y danzas típicas, lo que le daba ese rango de “internacional” a la festividad y que fue, como se dijo, la prehistoria del tradicional Encuentro y Fiesta Nacional de Colectividades de Rosario.

Con el fondo de una pirámide incaica se ofrecieron espectáculos folclóricos así como se dispuso un “rincón tropical” para los shows más rítmicos, a la par de los clubes con su menú musical de artistas internacionales.

Se repartió un intimidante arsenal festivo de serpentina, papel picado y matracas entre los concurrentes y hubo una aguerrida competencia de carrozas, de máscaras y de comparsas y murgas; concursos de conjuntos musicales y la elección de la Reina del Carnaval como sello de oro de aquel rescate soñado.

También hubo una reivindicación dentro de aquel enorme festejo del inveterado Rey Momo local, figura monopolizada desde hacía casi un par de décadas por el pintoresco Poeta Aragón, especialmente vestido para la ocasión con traje de gala, bastón y sombrero de copa. (15)

# CARNAVAL

Esto pasó una noche, de Carnaval porteño, noche cálida y voluptuosa...

El baile de máscaras está repleto. Antifaz obligatorio. Se imponen los colores blanco y violeta. Los marqueses, pierrots y colombinas llenan la sala...

Rogelio Fresco ha dejado en casa a su mujer, ligeramente indispuesta. Ha pretextado un trabajo extraordinario y ha salido vestido simplemente de saco. Pero en el camino ha pasado por casa de un amigo, y ha cambiado allí su inofensiva vestimenta por un disfraz de arzobispo que le sienta maravillosamente.

Su amigo Claudio Vidal, que tiene veinticinco años, se ha vestido de paje; malla violeta, casaca



blanca, encajes y plumas.

También atrae las miradas.

La entrada de los dos hombres ha causado sensación en el baile de máscaras. Una avalancha femenina los rodea de inmediato.

—La bendición, Monseñor...

—A mí también...

—A mí...  
—Imploro la gracia de buscar su anillo, Padre...

Claudio Vidal también está asediado. Voces frescas lo llaman de todas partes. Pero los dos amigos consiguen abrirse paso y llegan hasta la confitería. Champán, mucho champán...

El ambiente los transporta, y Rogelio, levantando la copa, dice a su amigo:

—¡Por mi amante de esta noche!

**ALEGRÍA EN MASA.** La noche rosarina volvió a sonreír ante esa sensación vital de ganar los adoquines para los pasos errantes y felices de los ataviados fugitivos de la vida de todos los días, dispuestos a hacer valer el derecho ciudadano de divertirse aunque sea en ese mínimo recreo de febrero, mientras durara.

La avenida Pellegrini, el bulevar Oroño y el parque Independencia fueron sitiados por una multitud sedienta de Carnaval, responsable también de colmar los clubes de la zona y del resto del plano urbano local. Fue uno de los mayores impulsos para recuperar la tradicional celebración dormida con un doble mérito: la alegría popular por sí misma y la loable decisión política de organizar desde el ámbito público un corso anual distinto.

El diario *La Capital* elaboró y publicó entonces un minucioso informe de todos y cada uno de los espectáculos ofrecidos, aportando el inédito dato de que el centro de la ciudad quedó vacío un sábado por la noche. Lo describía como “un hormiguero de gente. Tanto entrar como salir del corso; moverse hacia el lago o hacia las calesitas, querer ver las carrozas, todo resultaba difícil”, reseñaba un asombrado cronista a propósito de la multitud que colmó el Parque Independencia. (16)

La iniciativa de Carballo, considerada por la prensa posterior como la belle époque del Carnaval rosarino, fue una clara apuesta a un elemento vital que había sido marginado poco a poco de la apagada festividad: la participación de la gente. Como la mismísima celebración de las carnestolendas —la antesala de la Cuaresma camino a las Pascuas—, aquel acontecimiento fue efímero pero contundente, lo suficiente para sacudir a la ciudad y volverse leyenda.

**OTRO NAUFRAGIO CARNAVALERO.** Pese al éxito, el Carnaval Internacional de Rosario duró oficialmente dos años y se diluyó en el devenir político nacional. Carballo era hombre del desarrollismo en Rosario y pese a haber sido elegido para gobernar la provincia en 1961 nunca llegó a asumir, porque antes fue derrocado el Presidente de la Nación, Arturo Frondizi.

En años posteriores, la organización de este tipo de acontecimientos culturales no tendría continuidad, a excepción de un intento sin eco popular en 1970. En paralelo, con la consolidación de importantes recitales y bailes que siguieron eligiendo los grandes clubes de la ciudad como escenario —Sandro, Palito Ortega, Los Cinco Latinos, Roberto Carlos y Joan Manuel Serrat eran algunos de los nombres que encabezaron aquellos espectáculos—, apenas como apuestas de los grandes empresarios dueños del negocio de la realización de shows, sin participación de la órbita pública. Y por si fuera poco, en 1976 por un decreto de la dictadura cívico-militar se suspendieron definitivamente los festejos de Carnaval.

**ILUSIÓN FUGAZ PERO ETERNA.** Tras un largo silencio de más de otras dos décadas —el mismo que alcanzó a otros ámbitos desde “los años de





plomo”—, y tras varios intentos de resurrección de los corsos entre los ‘90 y los primeros años del siglo XXI, otra vez de la mano de la Municipalidad de Rosario la voz del Carnaval pegaría otro grito: a través de espacios de participación ciudadana en los barrios reaparecerá la creación de murgas y comparsas integradas y desarrolladas en su totalidad por los vecinos. En una búsqueda todavía vigente de la identidad rosarina del nuevo Carnaval, bajo los inevitables influjos de la cultura carioca y la montevideana, la fiesta sigue volviendo todos los años con aires místicos, empujada con mayor vigor desde 2010, cuando se decretó a nivel nacional el restablecimiento de los feriados de Carnaval que había borrado la dictadura.

“Cada vez que se lo escenifica, el Carnaval muestra que no está tan muerto como se pensaba y que efectivamente hay algo de la cultura popular que todavía sigue conectando con ese mundo, más allá de que ya no estemos ni en una sociedad de sectores populares y élites ni en una sociedad de masas y que estemos viviendo en una sociedad del enjambre digital”, sostiene Roldán. (17)

Una pulsión social subyacente que siempre estalla en la calle como una burla milenaria: una seguidilla de carrozas que nadie puede manejar, que desandan una y otra vez un desfile interminable.







## NOTAS

- (1) y (2) *La Historia del Carnaval en Rosario: entre la prohibición, el fomento y el festejo*. Mila Kobryn. *Diario La Capital, Rosario* (08.02.2024)
- (3) (4) (5) y (6) *Rosario del 900 a la Década Infame*. Rafael O. Ielpi. *Homo Sapiens Ediciones, Rosario* (2005)
- (7) *El carnaval y el regreso de una fiesta popular e histórica*. Graciana Petrone. *Diario El Ciudadano, Rosario* (10.02.2013)
- (8) R.O.Ielpi, *Op.Cit.*
- (9) *El Poeta Aragón*. Portal web de Pichincha, *la historia de ayer y hoy de nuestro barrio*
- (10) *Revista La Juventud, Rosario* (06.03.1870). Citado por Rafael O. Ielpi
- (11) *El Álbum, N°5, Rosario* (28.02.1881). *Prensa Histórica de Rosario - Hemeroteca de la Biblioteca Argentina "Dr. Juan Álvarez"*
- (12) *Revista Semana Gráfica* (febrero 1923). Citado por Rafael O. Ielpi
- (13) y (14) *La Historia de Rosario, Economía y Sociedad*. Ricardo Falcón. *Homo Sapiens Ediciones, Rosario* (2001)
- (15) Portal web de Pichincha, *Op.Cit.*
- (16) y (17) M. Kobryn, *Op.Cit.*

## EL CONCEJO EN LA HISTORIA

FUENTES: *La invención de las masas. Ciudad, corporalidades y cultura. Rosario, 1910-1945*. Diego P. Roldán. *Universidad Nacional de La Plata* (2015) / *Diario La Capital, Rosario* (10.03.1930), (06/02/1932) / *Archivo Municipal de Rosario. Expedientes Terminados del Honorable Concejo Deliberante*



# MUSEO DE LA CIUDAD VLADIMIR MIKIELEVICH

Bv. Oroño 2361 (Parque de la Independencia)

El museo tiene un papel activo en la revitalización de la historia de la ciudad. Su pilar fundamental es la reciprocidad entre comunidad y territorio. **Vení a conocerlo.**

Miércoles a viernes de 15 a 20  
Sábados, domingo y feriados 9 a 15  
IG @museociudad



Municipalidad de  
**Rosario**

## **ADMINISTRAR LA ALEGRÍA**

De todos los quiebres que atravesó el Carnaval en Rosario, en su camino de lógicas transformaciones en el tiempo, hay uno fundamental que tuvo lugar en los alrededores de los años '30. Fue cuando los corsos barriales, con los clubes como eje, movilizaron cambios rotundos en la concepción de la celebración colectiva, no solo dándole esa esencia más popular al alejar la fiesta del centro y los lujosos salones, incluso de los bulevares y avenidas, sino también al dotar a las reuniones de un carácter masivo, fuera de las escalas conocibles hasta entonces en sitios ajenos a la organización central de las autoridades locales.

**LAS DOS CARAS DEL CORSO.** La puja por universalizar el festejo y despojarlo de aquella centralidad asomó en una discusión ocurrida en 1929: “La oscuridad, la distancia y la multiplicidad entorpecían la vigilancia, pero ese incremento del control se erigió a expensas de la animación de la fiesta. La prensa abogó por el mantenimiento de corsos barriales diurnos y uno nocturno en el Parque de la Independencia. De esa manera, los suburbios se concentrarían en sus propios carnavales. La multiplicación de escenarios desalentaba (sin prohibir) la concurrencia de los habitantes de los barrios al corso oficial. Se reservó la noche a las familias eminentes, sus integrantes podrían lucirse en público sin asumir los riesgos de unas interacciones indeseables. Los barrios fueron dotados de los atractivos de una ciudad pequeña, aunque mantuvieron su inconfundible carácter de realidades de segundo orden, se convirtieron en comunidades crecientemente aisladas”, explica el historiador Diego P. Roldán, para dimensionar las marcadas diferencias.

Aquel ordenamiento libró sin quererlo a las comisiones vecinales a dedicarse a pleno a armar sus propios carnavales, finalmente independizados de los detalles condicionantes de una organización superior que hasta entonces nadie había podido cuestionar ni mucho menos modificar.

“Las vecinales querían realzar el barrio, establecerlo como espacio de encuentro, favorecer la integración y la sociabilidad de los habitantes y reavivar el comercio de distintas zonas, en una época de crisis económica. El municipio, los barrios y los habitantes del centro desarrollaron expectativas complementarias, pero ninguno de ellos mantuvo una actitud de cooperación consciente. Unos deseaban mantener la exclusividad de los carnavales céntricos, los otros pre-

ferían promover su propia fiesta y organizarla según sus gustos y sin dependencias”, completa Roldán.

**UNA MARCADA DIVISIÓN.** La separación de festejos expuso hondas diferencias: el renacer de las costumbres populares se desató hasta, por ejemplo, permitir en los barrios los juegos con agua que la Municipalidad había prohibido. Varios aspectos de la periferia irritaron a las máximas autoridades y sus seguidores. La prensa, vocera de la opinión de los vecinos céntricos, instaba a “reprimir la desvergüenza insolente de las murgas que ofenden la moral y la cultura con canturrias ridículas que se ajustan a una letra estúpida e indecente”. Desde ese lugar, golpe de estado mediante, se intentó iniciar un camino de restricciones que buscó retrotraer todo con la reducción de los festejos a un solo día y en un solo espacio con el regreso de un único corso oficial. Carnavales custodiados por la policía, disciplina, orden; premisas que apuntalaban una proscripción encubierta que ahogaba la celebración. Aunque parcialmente controlado, el germen de los corsos descentralizados no dejaría nunca de existir.

**UNA LUZ DE ESPERANZA.** Con la llegada al poder del Partido Demócrata Progresista en 1932, en la Intendencia y en la Provincia, se restablecieron los carnavales en las calles del barrio Arroyito y hubo una concurrencia multitudinaria. El gobierno local dejó de lado las severas restricciones y las vecinales volvieron a organizar y controlar sus propios corsos.

La prensa, la misma que había hablado antes, ahora sugería ante “el entusiasmo de las muchedumbres” y la “emoción espontánea del pueblo” que las autoridades debían reglamentar y organizar “las fiestas de acuerdo a los gustos de la población y no al paladar de unas cuantas personas comisionadas para organizar las carnestolendas”.

El Concejo Deliberante reconoció el carácter masivo de las celebraciones y subrayó la necesidad de disminuir los controles y abaratar las tarifas. No se podía seguir alimentando la vanidad de la elite. Las ordenanzas se renovaron y después de muchos años de inmovilidad, los reglamentos integraron a la diversión popular.

En 1933 el Carnaval se descentralizó definitivamente: Talleres, Refinería, Ludueña, Sarmiento y Empalme Graneros brillaron en el norte; la Sociedad Progresista de Echesortu y las vecinales de La República y Belgrano sobresalieron. El renacer de Momo —otro y siempre el mismo— se acostumbrará a hundirse para volver a emerger, al paso lerdito pero constante de la procesión carnavalesca.

## AUSPICIOS

Acompañan este proyecto cultural que rescata la identidad y la memoria de los rosarinos:



CONCEJO MUNICIPAL  
ROSARIO



CÁMARA DE DIPUTADOS  
DE LA PROVINCIA  
DE SANTA FE



**Banco Municipal**



**SANCOR  
SEGUROS**

diciembre 2024





## SUCESOS ROSARINOS

*Sucesos Rosarinos* surge con la intención de traer al presente una serie de acontecimientos singulares ocurridos en la ciudad a través del tiempo. Eventos de distinta índole que, sin ser fundamentales como para cambiar la historia, sí constituyeron hechos novedosos que llamaron la atención de los rosarinos en su época. Apoyados en material fotográfico original –existente en distintos archivos o rescatados de publicaciones–, el propósito es tratar de recrear el clima de época a través de un abordaje cercano a lo periodístico, guiado por la historiografía, y tentados por la imaginación para llenar los inevitables huecos del registro.

El tratamiento digital de las fotografías es una característica distintiva de esta empresa, enriqueciendo las tomas originales (captadas y reproducidas en blanco y negro) con la incorporación de cuatricromía. La búsqueda no pretende en ningún caso una correspondencia con los colores originales de la época –que sólo pueden ser imaginados– ni con la paleta “realista” con la que se coloreaba tradicionalmente los registros fotográficos. Se trata de una humilde búsqueda artística para celebrar, en todo caso, la labor de los fotorreporteros de entonces y las historias que nos cuentan, poniendo de relieve algunos planos y detalles. Aún con el riesgo de la lógica distorsión que supone la ampliación de determinadas tomas, a partir de fotografías publicadas originalmente en formatos muy pequeños, de acuerdo a los cánones periodísticos y estéticos del momento.